



EUCARISTÍA ¡MISTERIO DE LUZ! (San Juan Pablo II)

Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos: **¡Señor Jesús: quédate con nosotros!**

Reunidos ante la Eucaristía, experimentamos con particular intensidad en este momento la verdad de la promesa de Cristo: **¡Él está con nosotros!** (...) Es ¡misterio de luz!

De luz tiene necesidad el corazón del hombre, oprimido por el pecado, a veces desorientado y cansado, probado por sufrimientos de todo tipo. El mundo tiene necesidad de luz, en la búsqueda difícil de una paz que parece lejana al comienzo de un milenio perturbado y humillado por la violencia, el terrorismo y la guerra.



¡La Eucaristía es luz! En la Palabra de Dios constantemente proclamada, en el pan y en el vino convertidos en Cuerpo y Sangre de Cristo, es precisamente Él, el Señor Resucitado, quien abre la mente y el corazón y se deja reconocer, como sucedió a los dos discípulos de Emaús *"al partir el pan"* (Cf Lc 24,25). En este gesto convivial revivimos el sacrificio de la Cruz, experimentamos el amor infinito de Dios y sentimos la llamada a difundir la luz de Cristo entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. (...).

Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos, Señor Jesús: ¡quédate con nosotros! Tú, divino Caminante, **experto de nuestras calzadas y conecedor de nuestro corazón, no nos dejes prisioneros de las sombras de la noche**. Ampáranos en el cansancio, perdona nuestros pecados, orienta nuestros pasos por la vía del bien.

¡Quédate con nosotros, Señor! ¡Quédate con nosotros! Amén.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (2,22-40):

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

SERÁ SEÑAL DE CONTRADICCIÓN

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción, y a ti misma una espada te traspasará el alma. Con el Evangelio aparece la cruz brillando en estos días de Navidad. Simeón, mirada profética, abarca la lejanía de los siglos al ver a Jesús niño en brazos de María junto a José. Es la síntesis de la historia: **unos resurgirán, otros perecerán. Los que vivan a Cristo en sus hermanos, irán a la vida eterna.** Los que se aconchen en su egoísmo, al suplicio eterno, dirá Jesús el Martes Santo.

Este Niño ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos y para signo de contradicción, nos repite ahora la Virgen a nosotros. En las alegrías de Navidad vibran estas palabras con acentos al parecer estridentes. El Niñito recién nacido se convertirá en Varón de dolores. La Madre feliz se cambiará en la dolorosa del Calvario.

El cristiano auténtico, llamado a prolongar a Cristo, será también bandera de contradicción que se levanta en medio del mundo. No hace paces con él. No se aviene a su vida tranquila. Siembra de inquietud apostólica toda su existencia. Constata la tragedia de una juventud carente de ideales. Echa de menos hombres que la guíen para encontrar esa felicidad que busca en la oscuridad de sus pasiones, en la amargura de sus fracasos, en el desorden de sentimientos sin control.

Madre querida: **haznos valientes para ser también signos de contradicción, resurrección de muchos que se salven.** Y, aunque nuestro corazón sea atravesado con espada de incomprensiones, ingraticudes, de dolor y sufrimiento, haznos estar contigo junto a la cruz: *iuxta crucem tecum stare...*

YA NO ESCLAVOS, SINO HIJOS

Nació para sufrir y morir por nosotros. Muy bien hace la liturgia cuando siluetea, en la lejanía del horizonte, la cruz redentora. Es lo que Ignacio de Loyola, en los *Ejercicios*, apunta en la contemplación del nacimiento: «Cómo el caminar y trabajar —la Virgen y José— es para que el Señor sea nacido en suma pobreza; y, al cabo de tantos trabajos: de hambre, sed, calor, frío, injurias y afrentas, para morir en cruz... **Y todo esto por mí**» ...

La liturgia sigue pisadas de Pablo al mezclar natividad, pasión, resurrección. En la epístola a los Gálatas, su voz nos habla. No quiere que nos dejemos llevar de la superficialidad de tantos que nos rodean sin calar hondo en la significación profunda de la Natividad del Señor Jesús. *Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo al mundo, naciendo de mujer para redimirnos y hacernos hijos adoptivos* (Gal 4,4). Estas palabras del Apóstol, saboreadas en la oración, deben impregnar nuestras vidas en el delicioso misterio de la Navidad. Nos hace hijos adoptivos de Dios Padre, hermanos con Él, por su redención dolorosa. Podemos clamar agradecidos en nuestros corazones: «¡Abba, Padre!» **Ya no somos esclavos, sino hijos**. Por tanto, herederos de la vida divina, gracia en la tierra, gloria en el cielo.

Ahora vibra potente la tercera nota de la liturgia en estos días: resurrección, vida eterna, gloria sin fin. Ahí apuntan el nacimiento y la pasión de Jesús. Por eso, el salmo de la resurrección, el 92, resuena jubiloso en la misa. Ese salmo nos descubre quién es ese Niño que descansa en el pesebre. Es el Rey del universo, revestido con la grandeza de Dios, **triunfador del pecado y del infierno**: el Salvador. El Señor reina, irradia belleza. Se ha vestido de fortaleza y poder. Dios consolida la redondez de la tierra para que no se tambalee. Tu trono está preparado. Desde ahora para siempre, tú eres el Señor.

Pesebre, cruz, Pascua... La triple melodía de la liturgia que nos adentra en el misterio de la redención. Santa Madre de Dios: introdúcenos por estos caminos salvadores. **Queremos, Madre, tener vida de oración, eco continuo de liturgia**. Así seremos uno con esas almas contemplativas y con todos nuestros hermanos del mundo. Con fe, reverencia y amor, queremos recorrer con devoción creciente, a tu lado, Virgen querida, las escenas de la vida de Jesús. Te contemplaremos a la luz del Verbo hecho hombre. Cumpliremos la consigna del Vaticano II. Así «penetraremos más a fondo en el soberano misterio de la Encarnación y nos asemejaremos cada día más a Él». Nuestra vida tendrá un cimiento sobrenatural sólido y seguro. Tendrá eficacia y fecundidad incomparables. **Alcanzaremos fuerzas para ser testigos vivientes de lo eterno, en medio del mundo**.

Pidámoselo a la Santa Madre de Dios: haznos contemplativos en la acción, a la mayor gloria de Dios, para la salvación de las almas.

ORACIONES PARA SER LUZ

Ilumíname, interiormente, ¡oh, buen Jesús! Haz brillar tu luz en mi corazón y disipa todas las tinieblas que la oscurecen.

Apacigua las divagaciones de mi espíritu y líbrame de las tentaciones violentas que me combaten.

Pelea fuertemente por mí, y aleja esas grandes fieras, esos apetitos que me seducen para perderme, para que mi alma consiga la paz por tu esfuerzo, y sea templo puro, donde se entonen tu gloria y tus perennes alabanzas.

Llama a los vientos y tempestades y dile al mar: "*¡Calla, enmudece! El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza*".

Envía tu luz y tu verdad para que resplandezcan en mi alma, porque soy una tierra estéril y tenebrosa hasta que tú me ilumines.

Derrama sobre mí las gracias del cielo; riega mi corazón con rocío celestial, lluevan sobre esta tierra árida las fecundas aguas de la piedad, para que produzcan frutos buenos y saludables.

Levántanos el ánimo oprimido por el peso de los pecados.

Arrebátame, despréndeme de las furtivas consolaciones de las criaturas, porque ninguna cosa creada puede aquietar y satisfacer plenamente mi corazón.

Úneme a ti por el vínculo indisoluble de tu amor: porque Tú sólo bastas a quien te ama, y sin Ti todo es sombra y humo.

SALMO 26 I

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor

por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo.

Él me protegerá en su tienda el día del
peligro;
me esconderá en lo escondido de su
morada,
me alzaré sobre la roca;

y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

OTRAS ORACIONES

- **Oración I:** Oh Dios, luz que no conoce ocaso; Tú que dijiste: «del seno de las tinieblas brille la luz», has destellado majestuosamente en el rostro de Cristo, nuestra luz y salvación. Concede a tus siervos, trasladados del reino de las tinieblas a tu luz admirable, que brille la luz de sus buenas obras, y todos los hombres alabarán tu nombre, Padre santo del cielo. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

- **Oración II:** Nuestro corazón no tiembla, Señor, sino que se siente tranquilo porque nos has construido sobre el sólido fundamento de la firmeza apostólica, siendo la piedra angular Cristo el Señor; confirma en la fe a nuestro Papa y al Colegio Episcopal, para que ellos, a su vez, robustezcan la fe de cuantos confiesan a tu Hijo Jesucristo como el defensor de su vida. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

- **Oración III:** Señor Dios, Tú que te has dignado morar entre nosotros, poniendo tu tienda en nuestra propia carne, acrecienta en nosotros el deseo de morar en tu casa por los días de nuestra vida, ya que sólo en tu tienda nos proteges el día del peligro y nosotros te glorificaremos cantando y tocando para ti, Señor. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.